

Los 12 trabajos de
Hércules

Dominique Busset



Nota sobre el nombre del héroe y el título del libro

En occidente y, en general, en todos los países cuya lengua, como el español, es hija del latín, se conoce a nuestro héroe con el nombre de Hércules, que es como lo llamaban los romanos. Todavía en nuestros días, cuando alguien tiene una fuerza extraordinaria para hacer cosas imposibles, se dice que tiene una fuerza hercúlea. Por este motivo es por el que nuestro título es el siguiente:

Los doce trabajos de Hércules

Sin embargo, se trata de un personaje que los romanos «tomaron prestado» como tantas otras cosas, de los griegos, quienes lo llamaban Heracles... De hecho, es probable que los mismos griegos lo copiaran de los fenicios, cuyo dios Melkart se le parece mucho...

Pero la mayoría de textos que nos hablan de él están en griego. Por ello, al igual que todos los demás personajes de sus aventuras, nuestro héroe tendrá, a lo largo de la narración, su nombre griego:

Heracles



Prólogo

Ocurrió en la época más antigua de la Antigüedad, en Grecia, en los tiempos en que los dioses que vivían eternamente se mezclaban aún con los mortales y sobre todo con las mortales.

El mundo todavía no era tan grande como hoy o, si lo era, los hombres no lo sabían. Recorrían los lugares que habitaban y, poco a poco, algunos de ellos se iban aventurando más lejos.

Sin embargo, para ellos, el mundo no era tan pequeño: se estaba empezando a domesticar el caballo —al que enseguida se engancharon los carros de guerra— y se viajaba a pie, de modo que a la velocidad a la que lo recorrían, el mundo podía parecer inmenso para los humanos. Cuando llegaban al borde de un océano, Atlántico o Índico, creían estar en el fin de la tierra.

El Universo les parecía poblado de dioses y monstruos en medio de los cuales el ser humano buscaba su lugar. Trataban de hacerse un hueco, poco a poco, y de comprender, gracias a las historias que se contaban, todo lo que existe y todo lo que ocurre, poniendo orden en sus ideas. Precisamente de estos relatos es de lo que está, en parte, hecha la Mitología.

Los mitos son como palabras que vibran en eco y rebotan. Pero a nosotros nos llegan desde tan lejos en el pasado, han rodado tanto de boca en boca... y después de libro en libro, de una región de Grecia a otra, de una punta a otra del Mediterráneo... y el tiempo se ha comido, de paso, tantos trozos de libros o libros

enteros, que lo que nos ha llegado es a veces un poco confuso y contradictorio.

Obviamente, ya no sabemos quién fue el primero, o la primera, en contarlos, ni siquiera si tuvieron un autor. Los recibimos a través de cantos enteros o en fragmentos; pero muy listo tendría que ser aquel que lograra saber de dónde proceden tras tantas transformaciones y tantos cambios, muy listo aquel que lograra saber cuál es la voz que habla en el mito...

Para nosotros, ya no es más que una voz inmensa, indefinida, que contiene la de todos los hombres y todas las mujeres, desde los tiempos de los tiempos, de generación en generación, que han contado estas leyendas, y muchas otras, para tratar de descifrar con ellas el enigma del mundo, de recuperar en ellas las sombras de los que ya no estaban, y de darse aliento para avanzar un paso más...

Aquí y ahora, después de ellos, después de todo este tiempo transcurrido, nos toca a nosotros.



1

El león de Nemea



iMolorco!... ¡Molorco! ¡Espera! Detente... El grito venía desde muy lejos, y apenas se escuchaba, pero la mano levantada que sujetaba el cuchillo descendió lentamente. Morloco había esperado tanto este grito... por eso, seguramente, logró oírlo desde tan lejos.

Reconocía la voz de quien lo llamaba: era la de su huésped, la del hombre al que había acogido en su humilde casa hacía exactamente un mes. Su pecho se hinchó de un suspiro que le hizo daño, pero fue un suspiro de alivio: era el dolor que se marchaba... Como

habían acordado, estaba ofreciendo un sacrificio fúnebre en honor de este hombre que imaginaba muerto, y de repente allí estaba, ¡y lo llamaba por su nombre!

—¡No lo hagas, Molorco!, ¡estoy aquí!

La voz se había acercado claramente, porque el hombre corría deprisa, aunque llevaba sobre un hombro un pesado garrote, y en el otro un arco y una aljaba. También se veía arremolinarse a su alrededor algo como un manto... o una piel de animal.

Los otros tres hombres, que, sobre el altar de piedra, asían con fuerza al inmóvil carnero que Molorco se disponía a golpear, levantaron la cabeza como él, lanzando miradas atónitas hacia el recién llegado, sin por ello soltar a la víctima.

—¡Detente, Molorco! sería un sacrilegio, y de mal augurio, ofrecer un sacrificio fúnebre en honor de un vivo. Zeus no ha querido que yo muera... Es a él, tal y como esperaba, a quien hay que ofrecer este sacrificio: ¡a Zeus Salvador!

El corredor estaba ahora muy cerca. Molorco, que sentía un nudo de emoción en la garganta, titubeó:

—¡Entonces lo has matado!, ¡que los dioses te bendigan!, ¡has matado al asesino de mi hijo!...

La mano que blandía el cuchillo colgaba ahora junto a su cuerpo. Las lágrimas rodaban por sus mejillas, pero a través de ellas reconocía la piel del enemigo. El hombre se detuvo ante él: arrancó de su hombro, para arrojarla a los pies de Molorco, la piel del monstruoso león que había devorado al niño.

Todos enmudecieron. Por un instante, incluso el carnero, que esperaba el fatal golpe, dejó de resistirse.



Molorco, con un suspiro de desesperación, logró repone-
rse:

—No volveré a ver jamás a mi pobre hijo, que el monstruo me mató hace casi un año... pero, al menos, ¡ahora está vengado! Tienes razón: ¡hay que cambiar el sacrificio y las oraciones!

Se giró hacia los demás y prosiguió:

—Amigos míos, no puede ser más justo, ¡ahora el sacrificio ha de dedicarse a Zeus Salvador!... Pero lo retrasaremos un poco y lo retomaremos más tarde: nuestro invitado se ha esforzado en cumplir la voluntad del dios, necesita tiempo para purificarse y así poder participar en él.

Asintieron y dejaron a la víctima en tierra al pie del altar, sin desatarla.

~

—Invitado mío, si te parece bien, ha llegado el momento de contarnos cómo acabaste con este león monstruoso, que algunos dicen que cayó de la luna...

Molorco se había girado hacia el héroe vencedor. Se había hecho el sacrificio siguiendo el ritual, se había quemado sobre el altar la parte de los dioses: las entrañas, la grasa y los huesos... y ahora era el turno de los mortales para coger la suya: los miembros despedazados del carnero se asaban lentamente en los espetones sobre las brasas.

La humilde aldea tenía pocos habitantes, todo el mundo se encontraba alrededor del fuego. Los más ancianos estaban sentados, los demás iban y venían



vigilando la carne, y los niños estaban por todas partes; los mayores se acercaban para escuchar, los más pequeños se perseguían de izquierda a derecha, algunos incluso a gatas.

¡Y es que habían vuelto las risas! De nuevo se respiraba libremente: el monstruo que asolaba el país estaba muerto, y bien muerto. El hombre a quien se dirigía el viejo Molorco lo había matado, y se había hecho un manto con su piel, ajustando el hocico como un casco sobre la cabeza. Mientras lo explicaba, imitaba a un león y todo el mundo reía.

Por supuesto, a la espera de estar mejor trabajado por un artesano, el trofeo se encontraba, de momento, extendido ante el altar. Y, mientras la carne se asaba suavemente al fuego, el cazador respondió a Molorco:

—Bueno, ¿no crees que has hecho bien en guardar tu carnero hasta hoy, Molorco?, ¿no es así la cena más alegre de lo que hubiera sido hace un mes?

Cuando el cazador vino a pedirle hospitalidad, la noche de su llegada a la región de Nemea, anunciando que iba a cazar al león, Molorco, a pesar de su pobreza, quiso sacrificar a su único carnero para honrarle. Pero el hombre se lo impidió: «¡Espera treinta días!, si no he vuelto en treinta días, podrás hacer un sacrificio fúnebre con tu carnero en memoria mía. Si, como lo espero, vuelvo habiéndole vencido, lo sacrificarás para Zeus Salvador...». Y Molorco, al día siguiente, lo vio marcharse de caza y, desde entonces, esperó sumido en la angustia... Poco a poco, contando los días, había perdido la débil esperanza que albergaba en el corazón. Y el trigésimo día, seguro de que el cazador ya no volve-



ría, había preparado el sacrificio fúnebre desde el amanecer. ¡Qué locura había sido tener esperanzas! El león seguiría causando estragos en el país...

Pero entonces... entonces... Molorco sonrió:

—Tienes razón... pero cuéntanos cómo lo has hecho.

—¡Veintinueve días!... Los veintinueve primeros, recorrí la región de cabo a rabo, sin encontrar al monstruo en ningún sitio. Por todas partes, lo sabéis perfectamente, los campos estaban abandonados porque nadie se atrevía ya a aventurarse en ellos para trabajarlos. Los únicos humanos con los que me topaba se refugiaban en sus casas, o bien solo salían para realizar, también ellos, ritos fúnebres en honor de sus familiares arrebatados por el león. Pero ayer por la mañana, la brisa del alba llevó hasta mí el olor de la fiera. Había pasado la noche en las ramas de un olivo silvestre, el mismo en el que había tallado mi garrote al día siguiente de mi partida. No estaba muy lejos de aquí, ¡había dado tantas vueltas por todo el país para descubrir su rastro!... El olor procedía del pie de las colinas, allí...

Los aldeanos se habían callado desde que comenzó su relato y se estremecieron pensando en que el monstruo hubiera estado tan cerca. Los niños habían interrumpido sus juegos y también se habían acercado para escuchar.

Una anciana sorda se había quedado encargada de la comida. A su lado, había un hombre de unos cuarenta años que la ayudaba acercándole el cazo de la salsa: ella mojaba en él un ramillete de hierbas aromáticas de vez en cuando para untar la carne.



—Cogí mis armas, que colgaban de las ramas, y bajé sin ruido. Al pie del árbol, tensé la cuerda de mi arco. Agarré el garrote, que estaba sobre una horca, y, lentamente, me puse en marcha. Os imaginaréis que tomé la precaución de no hacer ningún ruido y de dirigirme hacia él tratando de quedarme bajo el viento. Anduve largo rato, solo me paraba cuando creía perder el rastro de su olor. Pero era raro, cada vez se volvía más fuerte y más claro. Cuando por fin vi a la bestia, el sol estaba alto en el cielo. Ya habéis visto la piel, ¡era enorme! Se revolvía perezosamente en el polvo, estirando las patas. Su hocico estaba aún ensangrentado por la caza nocturna. Y no lejos de allí, en efecto, veía los horribles restos de un cadáver humano...

El público se estremeció soltando un resoplido de terror.

—Entonces, me acerqué a pasos lentos, lo más cerca que pude sin llamar su atención. Cuando estuvo a tiro, dejé el garrote, cogí el arco y ajusté una flecha con la cuerda en la muesca. Di un paso más, ¡uno de más! La bestia se inmovilizó repentinamente. No había que dudar, la flecha salió silbando. Alcanzó al animal en medio del vientre y yo ya sentía mi corazón inflarse por la alegría del triunfo... pero ¡horror! En lugar de penetrar en la carne, la flecha rebotó sobre la piel y cayó al suelo.

—Ya te lo dije yo, ¡el león era invencible! —exclamó Molorco—. ¿No me creíste?

—Sí, me lo dijiste... Pero ¡es increíble!, admítelo....

—¡Y sin embargo, cierto!

—Sí, y ahora iba a tener que enfrentarme cuerpo a cuerpo.... El animal se levantó en seguida buscando de



dónde venía el enemigo, preparado para luchar. Intenté probar suerte con una segunda flecha, pero ¡fue para nada! Le alcanzó en el pecho y cayó como la anterior. El león se mostró dubitativo. Dio un paso en mi dirección y yo, al ver que las flechas no servían para nada, corrí para recoger el garrote. Cuando me di la vuelta, creyendo que iba a afrontar el ataque del monstruo, ¡me quedé estupefacto! Se había dado tranquilamente la vuelta y se alejaba. Seguramente, aún entorpecido por la horrible cena de la víspera, prefería evitar el combate...

El público estaba tan fascinado, que nadie, aparentemente, percibía el potente olor a orégano y carne asada que se extendía.

—Le seguí, con el arco y la aljaba al hombro, y el garrote en la mano. Lo había buscado demasiado tiempo como para dejar que ahora se escapase. Pronto tuve que apresurar el paso. El animal me llevó tras él más allá de las colinas, hasta el pie del monte Treto. Allí, deslizándose entre un desprendimiento de rocas, alcanzó la entrada de una cueva en la que se adentró. Rápidamente, dejé mis armas en el suelo y elegí la mayor de las rocas que estaban a mi alcance. Me apoyé sobre ella con todas mis fuerzas y logré hacerla rodar hasta la entrada de la cueva, ¡la bestia estaba atrapada!, ¡ya no tenía salida! El león rugió de ira. En cuanto a mí, ¡hubiera saltado de alegría! Sin embargo, en ese rugido había algo que me preocupaba... No era el furor del monstruo por verse atrapado. No... el sonido en sí tenía algo extraño. Resonaba en la cueva y me llegó a través de los intersticios de la abertura, que no quedaba



del todo cerrada por la roca. Sí... pero había algo más... Al tercer rugido, comprendí que el sonido era demasiado claro, no lo suficientemente cavernoso: también me llegaba por un eco exterior. No había duda, solo podía significar una cosa: la cueva tenía otra entrada. Dejé el arco, puesto que no me podía servir para nada, agarré el garrote y me puse a buscar cómo rodear el desprendimiento. A medida que avanzaba, los rugidos de mi enemigo resonaban con mayor fuerza, inflados por el eco de las rocas, como cuando ponemos las manos en forma de concha delante de la boca. Pronto vi la segunda abertura. Era bastante más amplia y más alta que la otra. El león llegó al mismo tiempo que yo y alcé el garrote para impedirle salir. Dudó y dio un paso atrás rugiendo en la penumbra donde veía brillar sus ojos como brasas. Retomé el aliento, la lucha iba a ser ruda. ¡No había más solución que ir a buscar al enemigo en su refugio! Iba a tener que entrar...

En el público, un «oh» de asombro aterrorizado acogió esta frase, pero el cazador continuó:

—Con el garrote en alto, avancé hacia la entrada de la cueva. En el mismo instante en que la crucé, la fiera saltó a mi encuentro con un rugido espantoso, con las fauces abiertas y las garras sacadas. Pero, justo antes de que me alcanzara, salté hacia un lado y le di con el garrote un golpe con todas mis fuerzas en la cabeza. Cayó sobre sus patas tambaleantes, con el cerebro atontado por el golpe. Rápidamente tiré el garrote y, agarrando su crin, salté a horcajadas sobre su lomo, como un jinete. Allí, me tumbé sobre su nuca, apreté sobre ella el brazo izquierdo doblado y pasé el brazo



derecho bajo su garganta, por debajo del hocico abierto y, con todas mis fuerzas, apretaba con el brazo izquierdo y tiraba con el derecho. El monstruo, al ende- rezarse, intentó que me soltara, pero yo había sido ágil como el rayo y estaba bien agarrado. Apretaba, apre- taba tanto como podía, hasta que por fin crujieron sus huesos: un sonido como el de un árbol abatido me indicó que había logrado romperle el espinazo y sentí el cuerpo desplomarse bajo mi presión, inerte.

El público, que había visto al monstruo, quedó boquiabierto, con los ojos como platos. El cazador se irguió, posando sobre ellos una mirada de orgullo, des- pués giró la cabeza hacia el fuego:

—Pero bueno, ¡habría que mirar un poco cómo va esa carne!

